

Juan José Morosoli



Destino

textos.info
biblioteca digital abierta

Destino

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8526

Título: Destino

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 1 de marzo de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Destino

Cuando vio el monte que marginaba el arroyo, pasaba frente al boliche. En la enramada había ya tres o cuatro hombres observando los toros. Eran cinco rústicos cuadrados de gordos.

—Seguí vos hasta el pastoreo... Yo no demoro —le dijo al negro que lo acompañaba.

Era un hombre joven, de perfil recio, bien vestido y bien montado.

Se acercó al mostrador, pidió una caña, convidó a unos de esos "aposentados" de boliche —que de haragán ni se había movido a mirar los toros— y preguntó:

—¿Qué distancia habrá hasta la estancia de "El Francés"?

—A lo de don el Francés habrá cuatro leguas cortas o tres largas...

Siguieron algunas preguntas más con sus respuestas, cuando Olmedo dejó caer ésta:

—¿No hay unos Almadas por aquí?

—Hubieron pero se fueron yendo...

—¿Todos?

—Yo conocí dos: don Pedro y María... Ya ni los huesos les quedarán... Se ahorcaron los dos: padre e hijo.

—¿Buenos vecinos?

—Buenos. Malos para ellos... Mucha pulpería.. Mucho juego... Gente que no veía venir las tormentas...

—Destinos.

—Pues...

Alzó galletas y dulce de membrillo. Pagó y partió rumbo al pastoreo. Ya de cabeza caída porque María era su padre.

* * *

Cuando llegó al pastoreo ya había recorrido toda su vida. Recordaba que había visto algo raro en la casa aquel día que lo llevaron para lo de un vecino. Cuando salió vio ocho o diez hombres... Después —dos o tres días habían pasado— vino la madre y se lo llevó lejos. Lejísimo. Estaban en un rancherío con un hermano de ella. Después fue de peoncito a una estancia. Después nada. La madre se fue con el hermano...

—Me he hecho hombre sin saber cómo... ¡Fíjese cómo es la cosa!...

Desensillaba. El negro ya había acercado la carne al fogón y le alcanzó un mate.

—¿Taba bien?

—Sí. Tres o cuatro leguas...

Soltó el caballo. Y se quedó allí mirándose las botas. Luego sin ordenar el recado —los pelegos tirados por allí— sin sacarse el poncho se acucliyó. Callado.

El negro lo miró y luego de una pausa preguntó:

—¿Pero hubo algún inconveniente?

—¿Por?

—Por nada...

Pero bien comprendió el negro que algo había pasado en el boliche.

* * *

El campo se tendía en colinas ondulantes con algún cuadrado de arboleda de eucaliptus. Los animales caminaban contra la luz poniente, lentamente, buscando las aguadas ocultas tras las suaves elevaciones.

Había fumado dos o tres cigarros en silencio cuando —incapaz de aguantar sus propios pensamientos y el mutismo lleno de esperas del negro— exclamó:

—¡Campos tristes!... ¿No te parece?

—Sí...

No dijo más el negro. Pero pensó: "Campos tristes no hay. Hay campos buenos —gramillados, engordadores— o campos ruines... ¡Pero campos tristes!"...

Ya no tuvo dudas de que en el boliche le había pasado algo al compañero.

* * *

Regresaron. Pero Olmedo volvía ya con la vuelta pronta. Volvería a lo de El Francés que le había hecho una proposición muy buena.

Iban llegando a la estancia desde donde había partido con los toros cuando el negro preguntó:

—Total... ¿Le gustó la convidada pa irse pa allá?

—Sí y no...

El negro no preguntó más. Bien sabía él que algo inconcreto —misterioso, pensaba— se llevaría al hombre. Algo que había comenzado en el boliche.

"Porque uno anda sin que el destino se acuerde de uno, hasta que un día lo encuentra, se acuerda de uno y"...

Seguro, el destino se había topado con Olmedo.

* * *

El Francés era un hombre bueno como el pan, que un día le dijo a Olmedo "que él le había gustado porque era un hombre bueno para amigo de un viejo sin hijos".

Cuando Olmedo volvía del trabajo lo encontraba siempre con el mate pronto para empezar.

—Pero patrón, —decía— no se olvide que el mimoso da más trabajo que el picaro...

El Francés reía bondadoso.

Bajaba la tarde y subía la noche.

Una conversación llena de silencios y estrellas les endulzaba las horas.

El Francés iba sacando de adentro su alma de padre frustrado y a Olmedo le empezaba a nacer una como niñez que nunca había conocido.

* * *

Dos o tres veces se había parado frente a aquel canelón negro que estaba solo, cortado, a media cuadra del monte. Era un árbol raro, dramático.

"Enojado con el monte" —pensó un día Olmedo.

Y otro:

"Enfermo"...

Mostraba la corteza llena de manchas seniles, trozos medio curvados, como bordes de conchas. Algunas ramas parecían secas y sin embargo en ei extremo mostraban algunas hojas que parecían escamas sucias. Algunos agujeros del tronco mostraban la saña de los pica-palos. No tenía ni nidos, ni claveles del aire. Era un árbol que estaba solo, mostrando su soledad rencorosa y triste.

Aquella tarde El Francés lo vio detenido frente al árbol.

Al otro día montaba para la recorrida cuando El Francés ordenó a un peón:

—Lleve el hacha y corte el canelón negro.

—¿Cuál? ¿El separado?

Olmedo no pudo reprimirse:

—¿Por qué lo corta? — preguntó.

—Se está secando... Es viejo...

—No patrón... Dejeló...

Montó y partió.

Cuando volvió el árbol estaba aún de pie.

Enojado o enfermo.

* * *

—Volvía del entierro de El Francés. Llegó a la casa con la noche, y se tiró en el galpón en un montón de cueros.

Fumaba cigarro tras cigarro.

Los demás dormían definitivamente, cobrándose de la noche anterior en que habían velado al muerto y del día lleno de conversaciones, aguantando a pie firme.

Olmedo salía al portón. Desde allí miraba la noche ciega de astros. Sin voces, sin perros —también dormían totalmente como los hombres—, sin nada vivo.

"Como si El Francés se hubiera llevado todo con él" —pensó.

Salía al portón Olmedo. Desde allí miraba la puerta abierta de la pieza donde había vivido y había muerto el hombre. Se acercó a ella. Miró hacia adentro. Entró.

Se sentó en una silla. Fumó.

Después salió despacio hacia la noche.

* * *

Al otro día lo encontraron.

Pendulaba en el canelón, como antes lo habían hecho los Almadás...

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.